




La balsa de piedra, 18

*Leo Perutz*

# Mientras dan las nueve

Traducción de  
Amalia Bosch Benítez

 mármara

Primera edición: octubre de 2021

Título original: *Zwischen neun und neun*

© 2021 de la traducción: Amalia Bosch Benítez

© 2021 de esta edición: Mármara Ediciones

© 1993 y 2017 Paul Zsolnay Verlag Ges.m.b.H., Wien  
(Negociado a través de Ute Körner Literary Agent)

[www.marmaraediciones.es](http://www.marmaraediciones.es)

Diseño: Carlos Moreno

Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Cofás

Impreso en España—Printed in Spain

ISBN: 978-84-122458-5-1

Depósito legal: M-25396-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Aquella mañana, la señora Johanna Püchl, de la tienda de ultramarinos de la Wiesengasse, había salido de su establecimiento hacia las siete y media. El día no era bueno; corría un aire húmedo y fresco, y el cielo estaba nublado; un día perfecto para disfrutar de una copita de aguardiente de ciruela *slibowitz*. Pero la botella de *slibowitz* de la señora Püchl estaba prácticamente vacía, y la tendera decidió reservarse lo que quedaba —con lo que apenas se llenaría un vasito— para el almuerzo de las diez. Para mayor seguridad guardó la botella bajo llave en el armario de la cocina, porque su marido, que estaba reparando el carrito de reparto en el patio, sabía apreciar igual que ella un buen aguardiente.

Antes de las ocho tan solo habían entrado unos pocos clientes habituales: el oficial de peluquero, al que ella preparaba cada mañana su desayuno, un bocadillo con cebolleta y un manojo de rábanos; dos escolares que compraron caramelos ácidos por doce centavos; la cocinera de la esposa del señor inspector, que vivía en el primer piso del número 11 de la calle, que se llevó una lechuga y dos kilos de patatas, y el señor del Ministerio de Trabajo, quien desde hacía años compraba en la tienda de la señora Püchl, todos los días, «embutido del mejor» para su segundo desayuno.

La tienda empezó a animarse después de las ocho, y hacia las ocho y media, la señora Püchl ya estaba muy atareada. Poco después de las nueve apareció la anciana señora Schimek, dueña del estanco de la esquina en la Karl-Denk-Gasse, para charlar un rato. La conversación versó en torno a la mala suerte que había tenido la señora Püchl con un envío de quesos de oveja procedente de Hungría, y en medio de esta conversación fueron interrumpidas por la aparición de Stanislaus Demba, el mismísimo señor Stanislaus Demba, cuya extraña conducta iba a convertirse en tema inagotable de charla para las dos señoras durante semanas.

Demba había pasado ya tres veces de largo ante la puerta antes de decidirse a entrar, y en todas ellas había lanzado una tímida mirada al interior de la tienda. Parecía como si buscara a alguien. También la forma que tuvo de entrar era rara: bajó el pestillo no con la mano, sino con el codo izquierdo, y acto seguido se esforzó en empujar la puerta con la rodilla derecha, cosa que consiguió tras algunas tentativas.

A continuación, se introdujo en la tienda. Era un hombre grande, ancho de hombros, con un bigotillo corto y rojizo en un rostro que, por lo demás, aparecía perfectamente afeitado. Llevaba las manos arrebuajadas en su abrigo marrón claro como si fuera un manguito. Parecía que hubiera recorrido un largo trayecto, pues sus botas estaban sucias y sus pantalones salpicados de lodo hasta las rodillas.

—Un bocadillo, por favor —dijo.

La señora Püchl cogió el cuchillo, pero no interrumpió de momento su conversación con la estanquera.

—Pues vaya, que no me gustó nada. Al llegar la caja pesaba setenta y cuatro kilos, y yo había pedido setenta y cinco kilos de queso de oveja. Bueno, y cuando abro la tapa..., créame si le digo que aquel queso de oveja tenía una pinta que más valía haberlo enviado directamente de vacaciones para que se recuperara; estaba completamente blando, derretido. ¿Qué le pongo, señor?

Stanislaus Demba, en su impaciencia, había golpeado repetidas veces con el pie el mostrador de la tienda.

—Un bocadillo, por favor, pero rápido. Tengo prisa.

La tendera, sin embargo, no se dejó desviar así, sin más, del importante tema de su conversación.

—Disculpe, pero la señora estaba antes que usted —le dijo al señor Demba—. Así que tendré que atenderla primero.

Aquel «atenderla primero» consistió sencillamente en que reanudó la historia del queso de oveja sin abreviar en nada.

—Yo, naturalmente, claro está, reclamé en seguida, y ¿qué diría usted que me respondió aquel individuo? Pues me dijo —sacó una carta arrugada y llena de manchas de grasa del bolsillo del delantal y empezó a buscar el párrafo—. Aquí está: «... empaqueté el queso como está mandado y no tengo por qué responder de la insignificante pérdida de peso que ha sufrido la mercancía durante el transporte». ¡Insignificante pérdida de peso! ¡Pensé que me daba un patatús!

—Bueno, así es como suele hablar esa gentuza —dijo la estanquera.

—Ah, pero conmigo se ha equivocado de puerta. ¿Piensa que lo voy a consentir? ¡Ni que estuviera loca!

—Esa gente no tiene cultura ni educación.

—¡Los que hablan así no son sino unos ladrones!  
—exclamó la señora Püchl, presa de la ira.

En este instante fue interrumpida por tercera vez por el señor Stanislaus Demba, quien no parecía dispuesto a esperar más tiempo por su bocadillo.

—Tal vez —dijo con una mezcla de nerviosismo, burla y cólera contenida a duras penas— cuando se haya aplacado algo su justificada ira pueda darme mi bocadillo.

—En seguida estoy con ello —dijo la tendera—. Un poco de paciencia. ¡Parece que el señor tiene prisa!

—¡Así es! —dijo brevemente Stanislaus Demba.

—¿No se queda un poco más, señora Schimek? —gritó la señora Püchl a la estanquera que se iba.

—Tengo que echar un ojo al negocio, después me daré otro saltito.

—Seguro que el señor tiene un empleo fijo, ¿en una oficina o en un bufete? —preguntó la tendera a su nuevo cliente—. Vaya, lo digo por la prisa que lleva el señor.

—En cualquier caso, no me sobra el tiempo —respondió Demba bruscamente.

—Ya he acabado —La señora Püchl empujó el bocadillo por encima del mostrador hasta él—. Veinticuatro centavos.

El señor Demba hizo un movimiento rápido para coger el bocadillo. Pero no lo cogió. Se humedeció un par de veces, despacio, los labios con la lengua, frunció el ceño y de pronto pareció como si le hubieran asaltado de repente graves reparos.

—¿Quiere usted que se lo parta? —preguntó la tendera.



—Sí, claro, pártamelo.

La señora cortó el bocadillo en pedazos pequeños y lo colocó frente al cliente.

Demba no cogió el bocadillo. Golpeaba con la punta del pie contra el suelo y chasqueaba la lengua, igual que alguien que aguarda impaciente a que suceda algo que se hace esperar. Sus ojos escudriñaban la tienda detrás de sus gafas con montura de asta, como si buscara algo.

—¿Desea el señor algo más? —preguntó la señora Püchl.

—¿Qué? Sí. ¿Tiene embutido de Cracovia?

—De Cracovia, no. Longaniza sí que hay, y mortadela, salchichón, salami.

—Pues longaniza.

—¿Cuánta?

—Unos cien gramos.

—Cien gramos. Bien, tenga.

La mujer envolvió el embutido en un papel y colocó el paquetito junto al bocadillo.

—Con esto hace sesenta y cuatro centavos.

Demba no cogió ni lo uno ni lo otro. De repente disponía de mucho tiempo y empezó a mostrar un sorprendente interés por todas las pequeñas peculiaridades de la decoración interior de la tienda de ultramarinos. Se esforzó en intentar descifrar la etiqueta de una botella de vinagre y acto seguido se dedicó al estudio de varios anuncios de hojalata que colgaban de las paredes por encima del mostrador. «Aquí se vende el famoso pan de centeno Hasenmayer», «La arena jabonosa Chwojkas mantiene sus manos limpias y hermosas»; así iba leyendo con gran atención, moviendo sus labios en silencio.

—Vaya, ¿es el afamado pan de centeno Hasenmayer?  
—preguntó, y se inclinó inquisitivo sobre el bocadillo, en el que entre tanto se habían posado dos moscas.

—No, ese pan es de la panadería Eureka.

—Bueno, en realidad hubiera querido el pan de centeno Hasenmayer.

—Sabe el uno igual que el otro y no es más barato  
—respondió la tendera.

—Entonces, está bien.

La conducta de Demba se hacía cada vez más enigmática. Ahora contemplaba el techo de la tienda torciendo el gesto y se mordía los labios con mal disimulada rabia.

—¿No podría mandarme esas cosas a casa? —preguntó de pronto, mientras una gota de sudor le resbalaba por la frente—. Mi nombre es Stanislaus Demba.

—¿Mandarle las cosas a casa? ¿Qué cosas?

—Esas cosas de ahí.

El señor Demba le señaló con la mirada el bocadillo y el paquetito con el embutido.

—¿La longaniza?

La tendera clavó estupefacta la mirada en el señor Demba. Nadie le había pedido nunca semejante cosa.

—¿No puede ser? Bueno se me ha ocurrido porque todavía tengo algunas cosas que hacer antes de ir a casa y no quiero ir cargado con eso. ¿No puede ser? Bien, no importa.

Silbó bajito para sí, mirando las moscas que caracoleaban sobre el bocadillo, y examinó con mirada inquisitiva una cajita de madera que contenía ciruelas pasas.

—¿Qué tal se presenta la cosecha de cerezas? —preguntó a continuación.

—Pues en unas zonas bien y en otras peor, depende del tiempo que les haya hecho —opinó la señora Püchl, y agarró su calceta.

—¿Estarán más baratas que el año pasado?

—No creo.

La conversación volvió a decaer. La tendera hacía calceta, mientras que la atención de Demba se dirigía ahora hacia una lata de sardinas en aceite.

Dos nuevos clientes entraron: una chiquilla que quería pepinillos en salmuera, y un cochero que compró una longaniza; pagaron y salieron de la tienda, pero Demba todavía seguía allí.

—¿Me podría dar un vaso de leche? —preguntó en ese momento.

—No tengo leche.

—Pues un aguardiente.

—Tampoco vendo aguardiente. ¿Es que el señor no se encuentra bien?

Stanislaus Demba alzó la vista.

—¿Cómo dice? Sí. Eso es. No me encuentro bien. El estómago lleva doliéndome un rato. ¿No se ha dado cuenta?

—Lo que sí tengo en casa es *slibowitz*. Tal vez le siente bien —dijo la tendera.

El rostro del señor Demba se iluminó de golpe.

—Sí, se lo ruego, querida señora, ¡tráigame el *slibowitz*! Dicen que sienta de maravilla para el dolor de muelas.

Katharine, la mayor de las hijas de la señora Püchl, jugaba a la comba en el salón. Era una niña gorda, torpe y rara vez conseguía saltar al compás de la letrilla que recitaba sin cometer errores. En ese instante acababa de volver a empezar:

Al pasar la barca,  
me dijo el barquero

—Katy —dijo la tendera—, ven aquí para que la tienda no se quede sola. Oye, ¿no sabrás por casualidad dónde he metido la llave?

—Está en el cajón, como siempre —dijo Katy, y siguió saltando.

Las niñas bonitas,  
no pagan dinero.

La señora Püchl abrió el armario de la cocina, pero mientras llenaba el vasito de aguardiente le asaltó de golpe un presentimiento que la embargó de preocupación. Aquel hombre se había comportado de una manera muy extraña. Primero tenía una prisa horrible, y luego no hubo forma de hacerle salir de la tienda. Había estado escudriñándolo y espiándolo todo como atontado, y al final se fijó en el cajón donde guardaba el dinero. ¡Allí había catorce coronas y el collar de coral, dos anillos de turquesas, la cartilla de ahorros de Katy y dos estampitas de la Virgen María!

La señora Püchl se precipitó, pálida como la cera, a la tienda llevando el vasito de *slibowitz* en la mano.

¡Cómo no! ¡La tienda estaba vacía! Aquel elegante señor había puesto pies en polvorosa. ¡Estamos listos! ¡Catorce coronas! ¡Todo el dinero! La señora Püchl se dejó caer en una silla, resoplando, y rabiosa abrió de un tirón el cajón del dinero.

¡Pero todo estaba en perfecto orden! El plato con las monedas de plata, junto a él los dos anillos, el collar de coral y la cartilla de ahorros de la Caja Postal y las dos estampitas.

¡Alabado sea el Señor! No faltaba nada. Se había largado solo con el bocadillo y el embutido. Pero a cambio, ella había rescatado el *slibowitz* para su almuerzo de las diez. Esto le hizo adoptar un espíritu conciliador. ¡Pobre diablo! Claro, no tenía dinero para pagar el pan y el embutido. Bueno, ella ya se lo habría regalado si él se lo hubiera pedido. Al fin y al cabo, somos seres humanos y tenemos nuestro corazoncito.

La señora Püchl, después del susto que se había llevado, se bebió de un trago la copita de *slibowitz*. A continuación, salió a la calle para ver si veía al fugitivo.

De Stanislaus Demba no había ni rastro. Solo al volver a entrar su mirada recayó en un puñado de monedas de níquel y de cobre que estaban sobre el mostrador. Eran tres monedas de veinte centavos y otra de cuatro. Sesenta y cuatro centavos.

Stanislaus Demba había contado concienzudamente el dinero, dejándolo en la mesa, y se había escabullido a continuación como un ladrón.